

# Lenguaje de pueblos

Lionel Martin

FUE el jueves de la semana de Playa Girón, 20 de abril de 1961, cuando llegué al frente de la lucha, con un grupo de periodistas extranjeros. Se había ganado la batalla, pero todavía continuaban las operaciones de limpieza.

Nuestra primera parada la hicimos en Jagüey Grande. El Comisionado del pueblo, Adolfo Carrasco, nos condujo al lado de la tumba, hasta la funeraria. Una vez dentro, nos situamos tras él, mientras levantaba las tapas de los ataúdes. Miramos los desfigurados rostros de aquellos hombres, mujeres y niños, muertos por una fuerza organizada y armada por

los Estados Unidos de América.

Eso sí no me amargó ni indignó, como los otros extranjeros, sino vergüenza. Soy norteamericano. Fue mi vasto país, el de mi nacimiento y toda mi vida, el que había desencadenado este terror contra gente inocente.

¿Qué derecho tenía para producir la muerte al pacífico pueblo cubano?

Mientras nos dirigíamos al cementerio, comprendía al pueblo cubano de una manera creciente y profunda. Allí estaba yo, venido de California, de tan diferente cultura, y sin embargo, en ese momento deseaba abrazar al pueblo cubano por su heroicidad, y

dar batalla en beneficio de su propio pueblo.

En las afueras del central "Australia" había un campo donde se vela un aeroplano derribado la tarde anterior. La yerba estaba quemada y cerca aparecía muerta una vaca. Al inspeccionar el aeroplano los soldados se nos unieron. Tenían el semblante de veteranos de batallas, sucios y grisáceos, pero exultantes en la victoria. Era clara la evidencia. Todo llevaba la marca "Made in USA".

Alguien corrió la voz que allí había un norteamericano. En pocos minutos me rodeó un numeroso grupo de milicianos y soldados del Ejército Rebelde.

Me explicaron que no era el pueblo norteamericano el que quería la guerra. Los trabajadores, campesinos, madres y jóvenes, al igual que las gentes del mundo entero, no deseaban la guerra. "El yanqui", me decía un joven, "es sólo el imperialista. Todos los norteamericanos no son yanquis".

Un miliciano me extendió un pedazo de papel y me pidió que se lo firmara. Otros le siguieron, brazos negros y blancos, con algo para firmar. Comencé a rubricar un billete de a peso. "Virelo", habló el propietario, "y firmelo cerca de la efigie de Martí".

"Será un gran honor", recuerdo que respondí.

Mi experiencia en Cuba en aquella ocasión ha demostrado lo que aquel día crucial me enseñó. El pueblo cubano no odia al pueblo norteamericano; al trabajador, al campesino, a la madre, al humilde. Lo que odia es el sistema que piensa en términos de valores monetarios, en vez de valores humanos. Lo que odia es un sistema que destruye los alimentos para mantener los precios elevados, y que destruye pueblos para asegurar ganancias.

El pueblo cubano odia ese sistema. Soy norteamericano. Lo odio también.

## Canto a JESUS MENENDEZ

Por JOSE BELTRAN RODRIGUEZ

*Caminaste con paso de futuro,  
con ideales de inmortal firmeza;  
fue tu figura singular grandera,  
rayo de sol sobre el camino oscuro.*

*Con tu firme visión viste la suerte  
que debía lograr el proletario;  
fuiste acicate frente al cruel sicario...  
Veto de luz que atravesó la muerte.*

*Tu recuerdo quedó como bandera,  
como baluarte de expresión sincera  
sobre la lucha que libró el obrero...*

*Y renaciste con gigante hazaña  
vestido de fusil y de montaña  
junto al rosal que floreció en Enero.*

Nos complacemos en ofrecer este soneto dedicado al gran líder y mártir del proletariado cubano, cuyo autor es el compañero José Beltrán Rodríguez, obrero de la Empresa Consolidada Talleres Ferroviarios Unidad 1, de Cárdenas. "Esta es una demostración de que entre los trabajadores existen valores artísticos y culturales que es necesario cultivar y salientar. La UTE, por otro lado, con el compañero Beltrán Rodríguez, como representante de Cultura de la sección 1 del centro de trabajo, nos demuestra la gentileza de confianza en la UTE". EL MUNDO se complace en acoger en sus páginas en homenaje a la memoria de Jesús Menéndez.